

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Tanto en Italia como en Bolivia el afable Héctor Bubba supo elaborar amistades inquebrantables. Archivo: Gladis Zamora, 2006.



Héctor y los pequeños hermanos de Gladis, juntos eran amigos y compañeros de aventura.



Armando Ferrari, hijo de Pedro, y Héctor Bubba durante un encuentro familiar en Oruro. Archivo: Gladis Zamora, 2006.

EL INOLVIDABLE HÉCTOR BUBBA

—Nunca vayas al cerro sin calma y paciencia, de nada te servirá llevar la mejor de las escopetas si es que antes no vas sereno y dispuesto a engullirte un par de horas esperando a que aparezca la *pisaka*¹. Ésta vuela apenas se siente acorralada. Es en ese preciso momento cuando debes disparar. Si tienes buena puntería tranquilízate, el resto lo harán los perdigones— le explicaba seguro y con aires doctorales Héctor Bubba a su joven acompañante de cacería.

Y no era para menos, el italiano conocía aquel territorio como la mismísima palma de su mano. Tanto los paredones escarpados donde acomodaban su inaccesible madriguera las vizcachas, como los pajonales amarillentos de la pampa orureña eran parte de los dominios inextricables de Héctor. Él, cada vez que tenía la oportunidad, hacía gala de sus amplios conocimientos geográficos sobre el suelo del país que lo acogía.

—Ustedes, como bolivianos, no conocen casi nada de su tierra, en cambio yo, que vengo desde el otro lado del mundo, atravesando mares y atracando en puertos distintos, puedo jactarme de conocer muchos departamentos y provincias de este país— complementaba, sin olvidar las típicas gesticulaciones que hacen los hombres del mediterráneo.

Antes de buscar residencia en Oruro y, por ende, asechar permanentemente a las atolondradas gallináceas, Héctor hizo una aparición repentina en la ciudad de Sucre. Su estadía en la capital boliviana no tenía otro objetivo que instalar la fábrica de pastas y fideos del tío Pedro en las antiguas instalaciones del negocio de Luís Zamora. “Él vino a Sucre en 1952 para recoger la fábrica que tenía mi papá. Allí instalaron la sucursal de la Ferrari de Oruro y por esas fechas nos conocimos” recuerda, con la emoción y nostalgia de una adolescente enamorada, Gladys Bubba.

¹

En lengua aymara, perdiz. En la zona del altiplano boliviano se conoce con el nombre de *pisaka* a la perdiz andina.

Héctor no sólo trabajó como encargado de planta en la nueva fábrica de fideos de la capital, allí contrajo matrimonio con Gladys Zamora y en esa tranquila región boliviana nació su afición por la cacería de perdices. En una ocasión, cuando la pareja de recién casados empezaba a conocer las mieles del amor, el italiano cayó detenido en la estación de policía por haberse excedido supuestamente en sus afanes cinegéticos.

“No hay manera de olvidar aquel episodio. Por aquella época Héctor, un primo hermano mío, mucho más joven que mi marido, y un grupo de muchachos del lugar se aprestaban a cazar *pisakas* por vez primera. La fortuna no los acompañó, y al final la cacería fue un rotundo fracaso. Los jóvenes que acompañaban a Héctor se hallaban sumergidos en un mar de aburrimiento y, como no encontraron ninguna perdiz, decidieron hacer fuego con los pollos que merodeaban por ahí. Más de diez gallinas estiraron la pata al recibir una nube plumosa de perdigones. Los cuerpos emplumados todavía calientes fueron depositados en el interior del automóvil. Si no me equivoco dentro del motor. Mi esposo no sé dio cuenta del hecho y desilusionado al no haber conseguido ninguna presa partió iracundo hacía la ciudad. Los jóvenes se dieron un banquete con el picante de gallina que prepararon en sus respectivos hogares. Mientras Héctor, sorprendido por una repentina citación policial, tuvo que rendir cuentas al dueño de los pollos abatidos”, rememora Gladis, haciendo a un lado el cigarrillo para emitir una sonora carcajada.

Sin embargo, Héctor tenía otras habilidades y no sólo se contentaba con ir a cazar aves al campo. En Piacenza, su tierra natal, había aprendido a recrear el ocio dibujando con lápiz y carboncillo, habilidad que la solía acompañar jugando al fútbol con sus amigos. Por ese entonces no era extraño observarlo con la cabeza inclinada sobre una hoja de papel dándole forma a una silueta con el lápiz o correteando en la cancha tras el cuero marrón de la pelota. Estaba tranquilo haciendo lo que más le gustaba y eso lo tenía relajado, hasta que se produjo la repentina llegada del tío Pedro Ferrari. El familiar –empresario consagrado en un extraño y distante país sudamericano– invitó a su joven sobrino a seguirlo en esa nueva aventura donde el muchacho fácilmente podría encontrar prosperidad ayudándole en la conducción de los negocios de ultramar. Héctor aceptó de buenas a primeras la oferta y partió con los primeros rayos del sol, incluso antes que las madrugadoras gaviotas del puerto se desprendieran.

En Bolivia las cosas no serían distintas. Tanto en Oruro como en Chuquisaca, Héctor Bubba gozó de la consideración y el respeto de la comunidad entera. Su charla afable y seductora atrapaba hasta al más taciturno de los vecinos. Ameno y dedicado a complacer a los demás, Héctor trabajó incluso como representante de su patria en Sucre. Durante dieciocho años estuvo al mando del consulado italiano en esa ciudad. Allí recibiría la visita de diplomáticos y embajadores europeos. El italiano había alcanzado la felicidad en esta tierra lejana y tenía motivos suficientes para expresarlo. El matrimonio de Héctor Y Gladys alcanzó la cima de la alegría con el nacimiento de tres niñas: Cristina, Gioconda y Mónica.

Desde hace un tiempo, las *pisakas* corretean cautelosas por el pajonal orureño, saben que por ese mismo territorio alguna vez merodeó la escopeta implacable de un simpático italiano.